

cuerpo. Así, el Nitrógeno tiene en la periferia cinco electrones, por lo cual es trivalente, etc.

Según lo que hemos visto la materia es una; los cuerpos simples hasta hoy conocidos no son sino escalones estables y no se diferencian los unos de los otros sino por el número de electrones que giran al rededor de la carga del núcleo. La materia es *una* como la energía.

## DISCURSO

**pronunciado en Lima por el doctor Fabio Lozano T. en el centenario del General José María Córdoba**

*Excelentísimos señores ministros de relaciones exteriores y de guerra;*

*Excelentísimo señor presidente del Senado;*

*Excelentísimos señores embajadores y ministros;*

*Señores de la Sociedad Fundadores de la Independencia y Vencedores del 2 de Mayo;*

*Señores:*

Ayacucho es el ápice de las batallas ganadas para la libertad de los hombres.

Ninguna como ella fue tan decisiva ni llevó tan lejos sus efectos: un Continente asegurado allí para la democracia y la república; veinte naciones soberanas que desafían al tiempo y que se abren llenas de vitalidad y de pujanza hacia el futuro; un almácigo poderoso de pueblos conscientes de su destino, que avientan sobre todas las zonas sus ideas y sus sistemas y van conquistando, etapa por etapa, países y razas para la libertad..... Tal es la significación y trascendencia de esa batalla singular.

Ayacucho, como el Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo; la batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, según la frase inspirada y definitiva del Libertador.

Ayacucho será en los siglos, no la Meca de un pueblo y de una doctrina, sino la Meca de todos los pueblos, que libres al fin de opresión del hombre sobre el hombre, allí irán a cantar himnos de gracias ante el ara más alta y más pura de su liberación.

Cuanto Ayacucho toca, unguido queda de inmortalidad. Y los padres de la patria americana que allí, unidos en una sola aspiración, extremaron su fuerza y su pericia, su valor, su abnegación, su gallardía y su magnanimidad, son lampadarios de luz imperecedera que alumbran contra todas las nebulosidades del futuro, el camino de la América.

Córdoba es uno de los grandes hombres de Ayacucho. Córdoba es el fogoso general de brigada, que inventa en Ayacucho la celeberrima voz de mando: «¡Armas a discreción, paso de vencedores!»; arremete contra el enemigo con la bravura del Cid y la rapidez vertiginosa de una torrentera de los Andes; decide la batalla; y, allí mismo, siente caer sobre sus hombros las charrteras de general de división, con que Sucre, el integérrimo, premia su valor y consagra sus merecimientos.

Córdoba es el mozo arrogante e invicto, que desde las montañas de Antioquia, en Nueva Granada, hasta las llanuras de Orinoco, y desde allí hasta Boyacá, el río Magdalena, el Atlántico, Pichincha, Pasto y Ayacucho, lleva siempre enhiesto, en su brazo de Hércules, el pendón de Colombia. Es el coronel de Boyacá, a los 19 años; el general de brigada en Pichincha, a los 22; el general de división de Ayacucho, al cumplir los 25; y el que, al traspasar apenas los treinta, cae en el campo del San-

tuario con la bella majestad de un héroe griego, exclamando ante la imposibilidad de la victoria: «Si es imposible vencer, no es imposible morir».

Precoz como Alejandro en el arte de la guerra; valiente como Aquiles; certero y centellante como el Príncipe de Condé, Córdoba suma a estos atributos una seductora gallardía personal, que realza sus prestigios, nimbándolos con la aureola de la admiración y el amor de las mujeres, cristalización la más tangible y ambicionada de la gloria.

Hay en mi país una comarca y un pueblo de características inconfundibles: montañas altas y adustas; valles estrechos; naturaleza que no da con bondadosa prodigalidad sus frutos, sino que los otorga a quien sabe, en lucha brava, conquistarlos; raza blanca, de implacables trabajadores en todas las clases sociales, llena de aspiraciones y segura de su fuerza; gente de costumbres austeras, ordenada y disciplinada y, a la vez, altiva, intransigente por sus libertades, celosa de sus fueros como los antiguos hijos de Aragón. Gente respetuosa de los magistrados y cumplidores de la Ley, que ha grabado sobre el frontispicio de su palacio de gobierno, esta máxima suprema: «Pueblo, respetad al magistrado; magistrado, respetad la ley». Colmena sin zániganos; laboratorio de la inteligencia y de la industria; emporio de riqueza, Antioquia es el pueblo que dice en su canto regional, aludiendo a su contracción al laboreo de los campos y las minas y a su indomitez contra la tiranía: «Llevo el hierro entre las manos, porque en el cuello me pesa»; Antioquia bien merece el himno del poeta extraño, que arranca con hermosura y con verdad en esta interrogación:

«¿De qué raza descendes, pueblo altivo,  
titán laborador,  
rey de las selvas vírgenes  
y de los montes niveos,  
que tomas en vergeles  
imperios del condor?»

Allí en aquella tierra, en tal medio, de tal raza, nació Córdoba en un día de septiembre de 1799.

Allí vivió su adolescencia, y cuando en ella iba, oyó los tambores y clarines que llamaban al pueblo para leerle el bando público del Acta del 11 de agosto de 1813, por el cual Antioquia proclamaba su independencia absoluta de España, desconocía a Fernando VII y agregaba que en lo futuro no habría otro origen en la autoridad pública, que la soberanía popular.

Meses después, en abril de 1814, un bando era leído nuevamente en las esquinas, tras músicas marciales y redobles de tambor. Era ahora la ley del congreso regional, de 20 de aquel mes, por la cual Antioquia declaraba—con prioridad, para las demás provincias del virreinato y del continente—libres todos los partos de las esclavas; imponía a los amos la obligación de sostener a los libertos hasta la edad de 16 años; prohibía que fueran vendidos los hijos separadamente de sus padres; prohibía la importación y exportación de esclavos, y disponía que los testadores manumilitaran uno de cada diez esclavos si tenían herederos forzosos, y la cuarta parte en caso de no tener tales herederos.

Había visto Córdoba por aquellos tiempos que un coterráneo suyo—Atanasio Girardot—marchaba en 1813 a la campaña de Venezuela; había sabido luego que ese oficial del ejército libertador había asombrado a todos por su coraje, hasta caer en la cumbra del Bárbula, envuelto en la bandera de la república que portaba en sus manos; que Bolívar lo había tomado como un sím-

bolo, y había conducido su corazón a Caracas, en ceremonia extraordinaria, no superada en los fastos de la guerra; y que el padre del héroe—don Luis de Girardot—lejos de plañir, al saber, por carta de Bolívar, el sacrificio de su hijo, le había contestado en estos términos: «Allá le mando el menor, para que conquiste la libertad, o muera, como el otro, al pie de las insignias de la patria».

Sangre de la sangre y hueso de los huesos de un grupo étnico y social como aquel, Córdoba, con su dedicación al trabajo, su amor desapoderado por la libertad, su temeraria Intrepidez, su fe en el esfuerzo personal, su educación cívica y sus ansias de independencias y de patria, desarrollaba una parábola lógica, la parábola de la simiente, que genera al árbol, la flor y el fruto. Era la misma lógica en acción, del río que va de tumbo en tumbo del monte a la llanura, o del gas que sube y sube hasta perderse en el espacio, o del alma juvenil, que agita las alas de su ideal, hasta posarse, como el ave, sobre la rama en que le esperan el anhelo y el arrullo de otra alma similar.

Ahora, yo podré deciros, y podréis apreciar también, no como acto extraño y sorprendente, sino sencillo y natural, cómo aquel niño a los quince años de edad era ya soldado de la revolución; cómo en la batalla de El Palo, el 5 de julio de 1815 mereció de Serviez el grado de teniente; cómo bajo el terror—cuando todo parecía perdido para la causa emancipadora—aquel adolescente fue de los legendarios centauros que guardaron con Páez el fuego sagrado en la inmensidad de los llanos; cómo se irguió luego, con Bolívar y Santander, sobre las alturas de Pisba, para no romper ya más su alianza con la victoria; y cómo aquel hombre en la plenitud de la vida y de la fuerza, a raíz de Ayacucho, cuando el Libertador y Sucre acababan de ceñirle la

frente con la corona de oro ofrecida al primero por el pueblo hidalgo y agradecido de la Paz; cuando todo le sonrío y lo halaga;—como aquel mimado de la suerte, aquel hijo de la guerra, aquel predestinado de Olimpo—que había debido en la niñez con el ansia de ser grande, el respeto sincero por las leyes,—al recibir la noticia, en Cochabamba, de que se le ha abierto causa en Bogotá por la muerte de un sargento, ocurrida en Popayán años atrás, ya no conoce sosiego ni descanso hasta no obtener como obtiene, permiso de sus jefes para hacer mil leguas de camino, y a presentarse ante el tribunal, sin espada y sin poder, rendido y obediente, a comparecer en el juicio como el más humilde ciudadano; hacer con serenidad su defensa, y recibir el fallo absolutorio, que le volvió a la vida civil, por la sola razón clara de la justicia!

«Permítame vuestra excelencia—le había dicho a Bolívar, en carta escrita en Cochabamba el 26 de abril de 1826,—ir volando a Colombia a que se me juzgue y se me castigue con todo el rigor de la ley, si lo merezco; pero si no que se me dé una satisfacción pública; cualquiera de los dos casos, ejecutado con energía, hará honor a Colombia: si fuese el primero, verá el mundo que no hay consideraciones, no hay servicios, no hay nada que detenga el brazo de la justicia; si el segundo, porque sus generales son dignos de mandar las armas del bravo pueblo americano».

Tal fue el hombre, de quien se ufana Colombia como de su guerrero máximo.

Tal fue el hombre a cuya memoria consagra hoy la benemérita Sociedad Fundadores de la Independencia y Vencedores del 2 de Mayo, este homenaje simbólico, exornado por la palabra elocuentísima del señor doctor Morales de la Torre; y a quien el egregio mandatario del

Perú, excelentísimo señor Leguía, y su ministro de guerra, señor general Salmón, acaba de decretar el monumento que ha de alzarse en una de las grandes avenidas de esta capital y ha de recordar a las generaciones por venir, los hechos gloriosos del prócer y la admiración y gratitud del Perú.

Cuando esa estatua sea—y lo ha de ser en brevísimo tiempo, porque el estadista que rige el gobierno va, como Córdoba, a paso de vencedores, ágil y firme hacia la meta—entonces el viajero que visite a esta ciudad de leyenda, ciudad cual ninguna, evocadora de la grandeza del pasado y de los avances luminosos del futuro, podrá reconstruir mejor, en cortos pasos, toda la historia grandiosa de la independencia; toda la filosofía de esa epopeya; y deducir la clave sobre que ha de reposar forzosamente, el porvenir de América. Esa historia, esa filosofía y esa clave la recogerá el viajero, como sobre el escenario mismo de la vida, sobre los bronceos de Lima.

Sobre los bronceos de Lima, que en su mudez elocuente le dirán que si fue posible la independencia americana con medios tan pequeños, contra el poder aplastante de España y su valentía tradicional, sobre la vasta extensión de su continente y la insolente muralla de los Andes, fue porque un hálito de solidaridad y cooperación tocó las almas, juntó las fuerzas, estimuló los actos, multiplicó el esfuerzo hasta hacerlo irresistible y darle la victoria.

Y deducirá el viajero esta conclusión inevitable: así como un día se congregaron en Lima los caudillos libertadores del Sur y del Norte, y unidos a los heroicos soldados del Perú complementaron y afirmaron la independencia de todos, así, en las lides de paz y de progreso y en toda emergencia del futuro, solo en la so-

lidad hallará América el secreto de su grandeza: sólo afirmándola con limpio corazón y voluntad entera, honrará debidamente la memoria de sus libertadores y llegará a la plenitud radiosa de su destino.

Señores ministros del ejecutivo del Perú; señores de la Sociedad Fundadores de la Independencia y Vencedores del 2 de Mayo:

Colombia recibe con emoción vuestros homenajes a Córdoba. Su gobierno y su pueblo los estiman como prenda nueva y magnífica de armonía y de fraternidad; su espíritu vibra en estos momentos con el vuestro, para bendecir la obra conjunta de nuestros próceres; para hacer votos fervorosos porque la tradición de nuestra solidaridad no se rompa, y sigamos hacia el tiempo, estrechamente unidos, haciendo el camino de nuestra civilización.

(De *El Mundo* de Lima)